

Balada de terror

Marta Gómez Cordero



Era un día como cualquier otro, en su paseo habitual por la Milla real, ahora llena de tiendas, todas llenas de promesas de felicidad en los objetos. ¡Qué indecencia, vender felicidad! Si los creadores de ese concepto supieran lo que es la felicidad no intentarían venderla en un imán para la nevera, o en unas zapatillas deportivas.

Ya me estaba cabreando con el mundo contemporáneo cuando un leve rumor que provenía de un piso sobre la tienda frente a la que me hallaba. Esa maldita música! ¿Cómo se atrevía a tocarla en su presencia, en plena Cracovia! ¿Acaso no sabía lo que representaba?

Entonces le vino el recuerdo de la mirada de Betania, sus ojos vidriosos, casi transparentes por las lágrimas cuando los separaron. Nunca había visto una mirada más hermosa que la de su mujer, a quien conocía desde niño, cuando jugaban juntos en las plazas de Kazimierz, en su Cracovia natal. En ese primer momento de despedida, sus ojos reflejaban el amor del uno por el otro pero también miedo. Los labios de ella temblaban como las hojas de los árboles en invierno y él se estremeció ante la visión de esa fragilidad en la mujer más fuerte que jamás conoció. La siguiente vez que la vio recordó mientras oía el violín en la cercanía, Betania carecía de pelo, exactamente igual que él, y apenas pudieron hablarse de la emoción de reencontrarse. Ésa fue la última vez que la vio, ya que él, Moshe, corrió mejor suerte, y era algo que no se explicaba puesto que ella siempre había sido más vigorosa y fuerte. Le estremecía imaginar qué horrores debió haber vivido su mujer para que rompieran su voluntad. Él había tenido la suerte de sobrevivir y ahora escuchar la Sinfonía número 5 de Beethoven le ponía los pelos de punta y también le sumía en un mal humor. Si correr mejor suerte significaba estar vivo pero vivir torturado por los recuerdos por la impotencia de pensar si podría haber hecho más, no sabía qué era mejor realmente.

Menudo idiota, cómo puedes siquiera pensar eso, se dijo mientras la música del piso superior comenzaba a atenuar.

Cada vez que se sentía de ese modo, que pensaba que su suerte no era mejor que la de quienes fueron ejecutados, sentía un picor en el tatuaje de su antebrazo izquierdo, donde estaba escrito el número 202.499.

Se alejó de la tienda caminando despacio, apoyándose en un bastón, mientras maldecía haber pasado parte de su juventud en Auswitch, separado de su esposa. Minutos después, el violín dejó de tocar.

